

AUDREY HEPBURN, DESAYUNO CON DIAMANTES
Y LA CREACIÓN DE UN MITO CINEMATográfico

QUINTA AVENIDA, 5:00 a.m.



SAM WASSON

Traducción: Lorenzo F. Díaz



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Fifth Avenue, 5 A.M.
Harper, Nueva York, 2010
Edición ampliada publicada por
Harper Perennial, Nueva York, 2021

ES POP ENSAYO Nº 31
1ª EDICIÓN: MARZO 2023
Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with Harper,
an imprint of HarperCollins Publishers

Copyright © 2010, 2021 by Sam Wasson.
© 2023 de la traducción: Lorenzo F. Díaz
© 2023 de esta edición: Es Pop Ediciones

Nuestro agradecimiento a las siguientes entidades y personas por las imágenes
contenidas en este libro: Allied Artists Pictures, MGM, Paramount Pictures,
Photofest y Richard Shepherd.

CORRECCIÓN Y TRADUCCIÓN NOTAS:

Óscar Palmer

REVISIÓN DE FERROS:

Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:

Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-20-5
Depósito legal: M-4112-2023

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| <i>Reparto</i> | 11 |
| <i>El Nueva York de Holly Golightly</i> | 13 |
| <i>Preliminares</i> | 17 |
| <i>Avance cinematográfico</i> | 25 |

1

PENSÁNDOLO

1951-1953

29

2

DESEÁNDOLO

1953-1955

55

3

VIÉNDOLO

1951-1953

77

4

ACARICIÁNDOLO

1951-1953

97

5
APRECIÁNDOLO

1960

123

6
HACIÉNDOLO

2 DE OCTUBRE - 11 DE NOVIEMBRE, 1960

155

7
GOZÁNDOLO

1961

191

8
DESEANDO MÁS
LOS AÑOS 60

217

Créditos finales 223

Una nota sobre las notas 227

Notas 229

Índice onomástico 247

AVANCE CINEMATOGRAFICO

Como uno de esos accidentes en realidad nada accidentales, la elección de la «buena» chica Audrey para el papel de la «no tan buena» señorita de compañía Holly Golightly alteró el rumbo de la mujer en el cine, dando voz a lo que hasta entonces sólo había sido un cambio tácito en los esquemas de género de los años cincuenta. Hollywood siempre había despachado sexo, pero hasta *Desayuno con diamantes* sólo las chicas malas habían disfrutado de él. Con pocas excepciones, las chicas buenas de las películas debían casarse para poder alcanzar ese fundido a negro, mientras que las más sensuales y provocadoras podían fundirse a negro en cualquier momento y con todo tipo de hombres en prácticamente cualquier posición (social). No hará falta decir que, en última instancia, acababan pagando muy caro el haberse divertido. Las chicas malas, o bien sufrían/se arrepentían, amaban/se casaban, o bien sufrían/se arrepentían, se casaban/morían, pero la idea general venía a ser siempre más o menos la misma: señoritas, no hagan esto en casa. Pero, de pronto, en *Desayuno con diamantes* ya no parecía tan malo vivir sola, salir, lucir fabulosa y emborracharse un poquito (porque era Audrey quien lo hacía). Ser soltera ya no parecía tener nada de vergonzoso. De hecho, parecía divertido.

Aunque puede que en su momento se les pasara por alto o no lo identificaran de buenas a primeras, las personas que en 1961 se encontraron con la Holly Golightly de Audrey experimentaron por primera vez una vida de fantasía glamurosa, de independencia desahogada y excéntrica, y de sofisticada libertad sexual; mejor aún, se trataba de una fantasía que podían hacer realidad. Antes de *Desayuno con diamantes*, las mujeres glamurosas del cine ocupaban un estrato sólo al alcance de las deslumbrantes y elegantes damas que frecuentaban los bulevares envueltas en sedas ribeteadas de armiño, damas que sólo las auténticas estrellas de cine podrían llegar a emular. Sin embargo, Holly era diferente. Vestía ropa sencilla, no tan cara. Y le sentaba de fábula.

De alguna manera, Holly Golightly se las arreglaba para ser glamurosa a pesar de sus escasos ahorros y su pasado de pueblerina. Si hubiera pertenecido a la alta sociedad o fuese modelo, es posible que su forma de vestir no nos hubiera impresionado tanto, pero tras haber escapado por sí sola de la pobreza (y encima siendo *una chিকা*), sirviéndose del estilo para superar las limitaciones de clase con las que había nacido, la Holly de Audrey demostraba que el glamur quedaba al alcance de cualquiera, al margen de su edad, su posición social o el modo en que viviera su sexualidad. El aspecto de Grace Kelly era recatado; el de Doris Day, indeseable; el de Elizabeth Taylor, inalcanzable a menos que una tuviera un cuerpazo similar. Pero el de Audrey en *Desayuno con diamantes* era democrático.

¡Y pensar que casi no llegó a existir! Pensar que Audrey Hepburn no quería el papel, que los censores se ensañaron con el guión, que el estudio quería prescindir de “Moon River”, que Blake Edwards no sabía cómo acabar la película (de hecho, rodó dos finales distintos) y que la novela de Capote se consideraba inadaptable resulta casi cómico a estas alturas. Pero así fue.

En Paramount, *Desayuno con diamantes* llevaba siendo motivo de preocupación para todos los implicados en su realización desde

mucho antes de que Audrey aceptase el papel. De hecho, desde el mismo instante en que Marty Jurow y Richard Shepherd, productores de la película, se hicieron con los derechos de la novela de Capote, sacar adelante el proyecto había parecido tarea imposible. No sólo debían lidiar con un personaje protagonista sumamente arriesgado, sino que Jurow y Shepherd no tenían ni la más remota idea de cómo diablos convertir en una película de Hollywood aquella novela que carecía de segundo acto, narrada por un gay anónimo, marcada por una tragedia sin motivo y rematada por un final triste. (*Desayuno con diamantes* ya había levantado revuelo cuando aún era únicamente una novela breve titulada *Desayuno en Tiffany's*; pese a la enorme popularidad de Capote, *Harper's Bazaar* se negó a publicarla por entregas debido a la presencia de algunas palabras soeces).

Paramount sabía que pisaba un terreno moralmente resbaladizo con la película. Tanto es así que acabaría enviando todo un pelotón de comunicados de prensa, cuidadosamente rumiados y redactados para convencer a los estadounidenses de que la Audrey de la vida real no se parecía en nada a Holly Golightly, la cual, aseguraban, ni siquiera era una prostituta, sino simplemente una excéntrica. ¡No es lo mismo! Pero, por mucho que lo intentase, Paramount no consiguió embaucar a todo el mundo. «*Desayuno con diamantes* es la peor película del año desde un punto de vista moral», escribiría en 1961 un espectador muy enfadado. «No sólo muestra a una prostituta entregándose a un “mantenido”, sino que trata el robo como si fuese una broma. Me temo que provocará un aumento de los hurtos en tiendas entre los adolescentes que la vean». En aquellos tiempos en que la revolución sexual todavía era clandestina, *Desayuno con diamantes* supuso una insurgencia encubierta, como una carta de amor pasada entre pupitres en un aula. Y no olvidemos que en aquella época el profesor te expulsaba de clase si te pillaba.

Y, con todo esto en contra, ¿cómo se las apañaron para rodar *Desayuno con diamantes*? ¿Cómo convencieron Jurow y Shepherd a

Audrey para que interpretase lo que en aquel momento era el papel más arriesgado de su carrera? ¿Cómo pudo burlar a la censura el guionista George Axelrod? ¿Cómo se las arregló Hubert de Givenchy para popularizar aquel vestidito negro tan sugerente? Por último y quizá lo más significativo: ¿cómo consiguió *Desayuno con diamantes* que el público estadounidense se diera cuenta de que la chica mala en realidad era buena? Audrey Hepburn no tenía forma de saberlo (de hecho, probablemente se habría reído si alguien se lo hubiera sugerido), pero respaldada por todos cuantos participaron en la película estaba a punto de revolucionarlo absolutamente todo. Este libro es la historia de esas personas, de sus enredos y de aquella revolución.

PENSÁNDOLO

1951-1953

LA PRIMERA HOLLY

Viajar siempre fue una imposición para el pequeño Truman Capote. A finales de los años veinte, su madre, Lillie Mae, había adquirido la costumbre de abandonar a su hijo con algún pariente durante varios meses mientras ella iba de acá para allá, de un hombre a otro. Poco a poco, a Truman fueron doliéndole cada vez menos aquellos abandonos (o eso, o se fue haciendo al dolor) y, con el tiempo, su capacidad de adaptación pasó a ser casi un talento. Tenía facilidad para encajar en cualquier parte.

Tras el divorcio de sus padres, Truman, que a la sazón contaba cinco años, fue enviado a vivir con su tía en Monroeville, Alabama. Fue la oportunidad de Lillie Mae para abandonar aquel pueblo de mala muerte y marcharse a una gran ciudad. Sólo allí podría convertirse en la dama de sociedad rica y adorada que sabía que estaba destinada a ser y que probablemente habría sido de no haber mediado Truman, el hijo que, para empezar, nunca quiso tener. Lillie Mae —o Nina, como se presentaba en Nueva York— había intentado abortar cuando se quedó embarazada.

Puede que el joven Truman hubiese sufrido menos si Nina hubiera guardado las distancias de manera definitiva, pero nunca pasaba

demasiado tiempo lejos de Monroeville. Aparecía sin avisar, envuelta en un torbellino de telas elegantes, le hacía a Truman cosquillas en el mentón, desplegaba un surtido variado de disculpas y desaparecía de nuevo. Y luego, como si fuera siempre la primera vez, volvía a repetir todo el proceso. Inevitablemente, su siguiente pretendiente acababa rechazándola por ser la pueblerina que tanto se esforzaba en disimular y Nina desaparecía por el ascensor de servicio para regresar corriendo junto a Truman con grandes lagrimones rodándole por las mejillas. Al cabo de más o menos un día, Nina volvía a sentirse oprimida por el paisaje de Alabama que la rodeaba y, una vez más, desaparecía en pos de los áticos más altos de Manhattan.

Puede que, de haber sido mayor, Truman hubiera conseguido recuperar el corazón que le había robado su madre, tal como luego aprendería a protegerlo de los demás, pero entonces aún era demasiado pequeño para hacer cualquier cosa que no fuese amarla. Ella también decía amarlo a él, y en ocasiones, como aquella en que se lo llevó a un hotel prometiéndole que esta vez estarían juntos de verdad, parecía que por fin lo decía en serio. Imaginemos, pues, su sorpresa cuando Nina lo encerró en la habitación y entró en la contigua para hacer el amor por dinero con algún patrón acaudalado hasta bien entrada la noche. Por supuesto, Truman lo oyó todo. Una de aquellas veces, encontró un frasco extraviado del perfume de su madre y, con la desesperación del drogadicto, se lo bebió hasta las heces. Aquello no la trajo de vuelta, pero durante unos pocos y penetrantes tragos la sintió más cerca.

Aquel frasco (lo único que le quedó de su madre) sería la fuente de la que brotaría la mayoría de las creaciones de Capote durante buena parte de su carrera como novelista. Le resultaba muy difícil precisar el concepto del amor o del hogar que hubiera podido tener Lillie Mae. Y mira que lo intentó. Pero ninguna cantidad de frascos de perfume o whisky, por muy bonitos u hondos que pudieran ser, alteraría jamás la realidad de su ausencia. Como tampoco lo iban a

conseguir todos los hombres y mujeres a las que se arrimaba. El vacío era demasiado grande como para que pudieran llegar a caldearlo.

En consecuencia, Capote se convirtió en un ser de anhelo y venganza a partes iguales, aferrándose a sus seres queridos con dedos como cuchillos que era susceptible de volver contra sí mismo si lo dejaban solo. Pero, por muy afilados que estuvieran esos dedos, con ellos arrancaba a su madre del pasado para depositarla sobre el papel, donde podía recrear su perfume mediante el lenguaje para crear una fragancia insondable llamada Holly Golightly. Así fue como Truman aprendió por fin el significado de permanencia.

En cuanto su aroma llegó a los lectores, el *eau d'Holly* hizo que todo el mundo se prendase de Truman, que era precisamente lo que llevaba ansiando desde la primera vez que lo abandonó su madre. Eso... y un hogar, una sensación de familiaridad, como un olor viejo, una bufanda favorita o el pisapapeles con una rosa blanca que Truman tenía sobre el escritorio mientras escribía *Desayuno en Tiffany's*.

EL PISAPAPELES DE LA ROSA BLANCA

En 1948, mientras Truman estaba en París, deleitándose en los elogios recibidos por su primera y escabrosa novela, *Otras voces, otros ámbitos*, Jean Cocteau lo llevó al apartamento de Colette en el Palais Royal. La autora de *Gigi*, las novelas de *Claudine* e innumerables obras más, frisaba los ochenta años y seguía siendo la gran dama de la literatura francesa.

Aun recostada y minada por la artritis, sin duda Colette tuvo que sonreír al ver la fotografía de Truman en la sobrecubierta de *Otras voces*. Conocía bien esa mirada salaz, de ojos lánguidos y labios relucientes, con la que la observaba desde la imagen; también ella había revolucionado París en otros tiempos con varios *succès de scandales*, debidos tanto a sus libros como a otras consideraciones

extraliterarias. Y ahora, aquel bribonzuelo con cara de ángel —cara de ángel hambriento— había ido a visitarla. Qué delicia. Colette estaba convencida de que debían estar unidos por alguna arteria, cosa que el propio Truman también percibió antes incluso de haber entrado en su dormitorio. «*Bonjour, Madame*». «*Bonjour*». Apenas si hablaban sus respectivos idiomas, pero a medida que Truman se aproximaba a la cabecera del lecho de la anciana, el vínculo pasó de certeza a evidencia. Era una arteria del corazón.

Una vez servido el té, la habitación se caldeó y Colette abrió la mano de veintitrés años de Truman para posar en su palma un pisapapeles de cristal con una rosa blanca en el centro.

—¿A qué te recuerda? —le preguntó—. ¿Qué imagen te sugiere?
Truman lo giró en la mano.

—Jovencitas con su vestido de comunión.

El comentario agradó a Colette.

—Encantador —exclamó—. Muy apropiado. Veo que lo que me dijo Jean era cierto. Me advirtió: «No te dejes engañar, querida. Parece un ángel de diez años, pero no tiene edad y sí, por el contrario, una mente muy perversa».

Se lo regaló como recuerdo.

Capote coleccionaría pisapapeles el resto de su vida, pero años después el de la rosa blanca seguiría siendo su preferido. Truman lo llevaba consigo a casi todas partes.

AUDREY SE DESPIERTA

Para Audrey Hepburn, todo comenzó un día de primavera de 1951 tan hermoso como cualquier otro. Se levantó al amanecer, tomó una taza de café en la cama y se llevó el desayuno (dos huevos duros y una rebanada de pan integral tostado) a la ventana, desde donde podía ver a los diletantes más madrugadores de Montecarlo salir al mar en sus yates. Disfrutar de un desayuno tan reposado era un raro

placer para ella. En Inglaterra, donde trabajaba habitualmente, los rodajes empezaban nada más salir el sol, pero a los franceses les gustaba hacer las cosas de otra manera. No se ponían en marcha hasta *après déjeuner* y trabajaban hasta altas horas de la noche, lo que le proporcionaba a Audrey mañanas enteras para explorar playas y casinos, y tiempo de sobra para hablar por teléfono con James, su prometido, que una vez más estaba en Canadá por trabajo.

Ciertamente se trataba de un muchacho atractivo y encantador, heredero de los Hanson, una buena familia acomodada. Por supuesto, él la amaba y ella lo amaba a él. A juzgar por lo que contaba la prensa, lo tenían todo. Pero todo es lo mismo que nada cuando no hay tiempo para disfrutarlo. Teniendo en cuenta la agenda de Audrey, que la llevaba de rodaje en rodaje, y la aparentemente interminable gira de James por las salas de juntas más lujosas del mundo, empezaba a parecer que sólo estaban prometidos de palabra. Tal vez había sido tonta, pensó Audrey, creyendo que podría ser esposa y actriz a la vez. Si quería echar raíces —y realmente lo deseaba con todas sus fuerzas— tendría que dejar de lado el cine. Al menos, eso era lo que le decía James. Sólo entonces podrían estar juntos de verdad.

Y en algún lugar de su mente así era como se veía: con una casa, dos o tres hijos y una ilimitada extensión de días interrumpidos únicamente por sus noches. Por suerte, su papel en *Monte Carlo Baby* sólo la ocuparía un mes. Que no era pequeño consuelo.

COLETTE SE DESPIERTA

Sin lugar a dudas, el Hôtel de París era el más deslumbrante de todo Mónaco. A juzgar por su fachada, una fantasía de arcos y torres de la Belle Époque, sólo la flor y nata de la sociedad podría tener por costumbre alojarse allí. Para Audrey, que nunca había estado en la Costa Azul, hospedarse en el Hôtel de París supuso una emoción

sólo atenuada por su añoranza de James y la inanidad de la película en la que estaba trabajando (el guión era una chorrada; una nadería semimusical sobre un bebé desaparecido). Para Colette, sin embargo, no se trataba de una circunstancia inusual; apenas otra gota en el gran barreño de oro de la opulencia. Era clienta habitual desde 1908. En cuanto que invitada del príncipe Rainiero, en aquel momento era la reina del palacio y como tal la saludaban los lacayos cuando recorría en silla de ruedas los majestuosos pasillos del hotel. Sin duda veían en la anciana el fuego arterial de sus novelas, que parecía latir en ella de los pies a la *tête* hasta culminar en una explosión de rojos cabellos en forma de brócoli.

Los médicos la habían enviado allí con ordenes estrictas de descansar, pero para Colette descansar era más esforzado que trabajar. Desde que el ayudante de su agente neoyorquino se había emperrado en producir en solitario una obra de teatro basada en su novela *Gigi*, Colette no podía sacarse la idea de la cabeza. Incluso había empezado a desvariar un poco en su busca de la actriz adecuada para el papel protagonista y ya veía Gigis por todas partes: en la calle, en la playa, asomando en fotografías. Pero ninguna la satisfacía, se estaban quedando sin tiempo y el tiempo cuesta dinero. Los inversores del proyecto habían empezado a ponerse nerviosos y, como suele ocurrir en la mayoría de leyendas sobre *castings* milagrosos, amenazaban con imponer a alguna estrella de probado éxito cuando, en el último momento, a Colette le alteraron los planes para la cena.

Lo que estaba a punto de suceder iba a cambiar la vida de Audrey para siempre.

Colette descubrió con disgusto que el comedor principal del hotel estaba cerrado debido al rodaje de *Monte Carlo Baby*. ¿No prefiere —preguntó el maître— que le sirvamos la cena en la sala de desayunos? *Absolument non!* Insultada, Colette se abrió paso hasta irrumpir en el comedor y en medio de una toma.